

LENGUAS AMENAZADAS POR LOS LINGÜISTAS

Juan Carlos Moreno Cabrera
Departamento de Lingüística
Universidad Autónoma de Madrid
juancarlos.moreno@uam.es

1. INTRODUCCIÓN

Hay algunos supuestos metodológicos y empíricos de la lingüística actual que influyen de forma más o menos pronunciada en muchos análisis lingüísticos y que pueden contribuir a la discriminación y a la marginación lingüísticas dentro del propio ámbito de la ciencia lingüística. Los análisis lingüísticos basados en estos supuestos puede producir unos efectos indeseables en la visión que muchas personas e instituciones tienen sobre las lenguas, y pueden coadyuvar, de una forma más o menos indirecta, a que muchas variedades lingüísticas vean incrementada su situación de precariedad, al ser vistas como desviadas, anómalas o excepcionales según algunos patrones lingüísticos. En este trabajo me voy a ocupar de dos de esos supuestos de la investigación lingüística del siglo XX que tienen una influencia perniciosa entre quienes aceptan las conclusiones de las investigaciones lingüísticas como sólidamente fundamentadas en el método científico. El primero de ellos tiene que ver con una de las ideas fundamentales de la lingüística moderna: la precedencia y preeminencia de la lengua oral sobre la lengua escrita como objeto de la investigación lingüística y se encarna en una versión de este principio viciada por el escriturismo, según la cual, la lengua escrita no es más que una mera transcripción de la lengua hablada. De este modo, la investigación lingüística toma como modelo la lengua escrita, lengua artificialmente elaborada, y considera que la lengua hablada, la lengua natural, se puede estudiar desde ese modelo. Veremos que el escriturismo, en una forma especialmente dañina que denominamos criptoescriturismo, afecta de forma sustancial a la caracterización de las lenguas orales y a la clasificación tipológica de las lenguas en general.

El segundo aspecto que examinaré es el del mito de la excepcionalidad de las lenguas criollas, que ha tenido y sigue teniendo un gran predicamento en la lingüística actual. Las llamadas lenguas criollas se estima que son un tipo especial de lengua, que se diferencia de los de las lenguas *normales*, de forma que constituyen un tipo lingüístico aparte. Veremos que este mito, junto con otros que se aplican a este campo, está íntimamente unido al criptoescriturismo y contribuye de manera importante a la minusvaloración de este tipo de lenguas y, por tanto, puede ayudar a la justificación científica de su baja valoración social y, por extensión, a la minusvaloración intelectual y cultural de sus hablantes, al tiempo que añade argumentos para potenciar su marginación y minorización.

2. EL CRIPTOESCRITURISMO DE LA LINGÜÍSTICA MODERNA Y LA MARGINACIÓN DE LA LENGUA ORAL ESPONTÁNEA

Uno de los postulados fundamentales de la lingüística moderna es que el objeto primero y fundamental de ella lo constituyen las lenguas orales, que se han desarrollado durante decenas de miles de años y no las lenguas escritas, que son artificiales y que han sido inventadas por las sociedades de acuerdo con una serie de parámetros culturales ajenos en su mayor parte a los factores puramente lingüísticos; como dice Lieberman (2006: 59) el habla es el medio del lenguaje humano y los sistemas lingüísticos escritos son una invención reciente. Por su parte, Coulmas (2003: 10) observa que los estudiosos que consideran que la invención de la escritura supuso un paso evolutivo esencial en las

lenguas humanas son una minoría El carácter secundario, derivado y anejo de la lengua escrita aparece enunciado a la práctica totalidad de los manuales de lingüística. He aquí un ejemplo entre los muchos que podrían ponerse:

“Respecto de las lenguas escritas, también poseen muchos rasgos interesantes, pero se consideran *secundarias* respecto de las lenguas habladas por una serie de razones. Por ejemplo, a los niños se les enseña de modo explícito a leer y a escribir algo *después* de que hayan adquirido una lengua hablada, y muchas culturas nunca han utilizado sistemas de escritura.” (Radford et al. 1999: 27)

Sin embargo, no es un secreto que la los estudios lingüísticos tradicionales, sobre todo los derivados de la tradición greco-latina, se basan fundamentalmente en la lengua escrita y no en la oral. Por ello, es necesario poner en guardia a los lingüistas contra lo pernicioso que puede ser seguir esta tradición tal cual. Como ejemplo de ello, puede verse la advertencia del lingüista inglés J. Lyons en su famoso manual de introducción a la lingüística sobre la gramática alejandrina:

“Desde el principio los eruditos griegos de la lingüística se atuvieron principalmente al lenguaje escrito. (el término «gramática», que los griegos aplicaban al estudio del lenguaje, lo atestigua bien: deriva de la palabra que significa «el arte de escribir»). No se sentaba una distinción consistente entre los sonidos y las letras que se emplean para representarlos. En la medida en que se percibían diferencias entre el lenguaje hablado y el escrito se tendía siempre a considerar el primero como dependiente y como una derivación del segundo. La preocupación alejandrina por la literatura no hizo más que robustecer esta tendencia.” (Lyons 1973: 10)

Pues bien, uno de los rasgos definitorios de la lingüística moderna es mantener que esta dependencia de la lengua escrita, si bien era evidente en los estudios sobre las lenguas del pasado, ha sido definitivamente superada por la investigación lingüística contemporánea.

Sin embargo, hay lingüistas que mantienen que esto no es así, que la lingüística moderna sigue tomando como modelo la lengua escrita. Esto ha sido propiciado por una suposición muy peligrosa: la de que la lengua escrita no es más que una transcripción de la hablada:

“Lengua y escritura son dos sistemas de signos distintos; la única razón de ser del segundo es la de representar al primero.” (Saussure 1915: 72)

A esta cita del influyente *Curso de Lingüística General* de Saussure, podemos añadir el siguiente pasaje de la no menos influyente obra de Sapir, *El Lenguaje*:

“Así, pues, el lenguaje escrito equivale, punto por punto, a ese modo inicial que es el lenguaje hablado. Las formas escritas son símbolos secundarios de las habladas —símbolos de símbolos—; y es tan estrecha la correspondencia, que no sólo en teoría, sino también en la práctica de ciertas personas acostumbradas a la lectura puramente visual, y tal vez en ciertos tipos de pensamiento, las formas escritas pueden sustituir del todo a las habladas.” (Sapir 1921: 27-28)

Ante la suposición de este isomorfismo entre habla y escritura, otros autores como Harris opinan que este postulado es radicalmente falso, ya que la escritura no puede considerarse sino como, en el mejor de los casos, una expresión muy burda y simplificada de la lengua oral. Utilizando la metáfora de un mapa deficiente y simplificado, Harris mantiene que la lingüística se basa en los mapas ortográficos existentes en vez de en el objeto real de estudio, es decir, la lengua oral:

“La pretensión de que se nos está presentado estrictamente una descripción de la lengua hablada empieza a hacerse endeble tan pronto como se le ocurra al lector que el auténtico ‘procedimiento de descubrimiento’ que se emplea es de modo invariable: ‘Suponga que la ortografía estándar identifica todas las distinciones relevantes, hasta que haya que pensar de otro modo’. Es como si los dos principios básicos de la topografía fueran: (i) un mapa es siempre exacto hasta que se demuestre lo contrario, y (ii) ningún mapa existente puede ser totalmente inexacto. La consecuencia de estos dos principios sería que el topógrafo nunca empezaría de cero haciendo un nuevo mapa de un área ya cartografiada, sino que haría solo los ajustes mínimos al mapa existente. Esto se corresponde más o menos con la regla práctica que la lingüística moderna ha adoptado, según la cual se hace cuando sea posible que un mapa ortográfico existente sirva de guía a la topografía del habla.” (Harris 1980: 9)

Según Harris, la lingüística moderna no se ha desembarazado del modelo de la lengua escrita y para describir esta situación propone este autor (Harris 1980) el término *escriturismo* (*scriptism*) con el fin de denotar la concepción de la escritura como una forma más ideal de representación lingüística que el habla. Este autor lo define del siguiente modo:

“Cualquiera que sea la distribución de las habilidades lectoras y escritoras, siempre se puede esperar que el concepto de lengua en una sociedad letrada tienda hacia lo que, a falta de un término mejor, puede denominarse ‘escriturismo’: es decir, la suposición de que la escritura es una forma de representación lingüística más ideal que el habla.” (Harris 1980: 6)

Pero esta concepción no se hace explícita, dado que la lingüística moderna dice haberla rechazado al haberla sustituido por el postulado de la preeminencia de la lengua oral. Como observa Pratt (1981: 700), estas dos postulados opuestos —uno asumido implícitamente y otro asumido explícitamente— constituyen una contradicción en el núcleo mismo de la teoría lingüística contemporánea, que, según esta autora, tendría que replantearse radicalmente, si quiere salir de ella. Por ello, en realidad, se puede hablar del criptoescriturismo de la lingüística moderna, puesto que su básico escriturismo está escondido; es un supuesto no reconocido.

Este criptoescriturismo ha sido calificado por Harris como uno de los sofismas de la lingüística contemporánea:

“Uno de los sofismas de la lingüística moderna es tratar el escriturismo, que ha dominado la concepción de la lengua en las sociedades letradas durante al menos varios milenios, como una especie de herejía teórica. A los lingüistas novatos se les advierte contra él en los términos más estrictos, por si el ejemplo corrupto del resto del mundo pudiera infectar sus almas lingüísticas. La escritura, se les dice, no es otra cosa que una representación del habla, una mera notación auxiliar.” (Harris 1980: 7)

Pero, como observa este autor, estas indicaciones teóricas no se corresponden en absoluto con la práctica real de la lingüística moderna:

“La ironía de todo esto está en el hecho de que, a pesar de todas estas estrictas advertencias, la lingüística moderna ha mostrado de modo consistente e irremediable una orientación escriturista.[...]

El bias escriturista de la lingüística moderna se revela de la forma más cruda en la manera en que, con toda su insistencia en el principio de la primacía de la palabra hablada, los lingüistas teóricos en la práctica siguen la suposición tradicional de que la representación ortográfica identifica las unidades principales de la lengua hablada.” (Harris 1980: 5-6)

En el mismo sentido se pronuncia Linell (2005):

“[L]a lengua es la noción central, y ha sido concebida de formas que están influidas fuertemente por consideraciones de la lengua escrita, opuesta a la lengua hablada interactiva. Sin embargo, esto apunta a una contradicción o paradoja profundamente asentada en la lingüística moderna, que exploraremos en los capítulos siguientes.” (Linell 2005: 29)

El escriturismo se puede caracterizar más concretamente, según Coulmas (1996), como la tendencia que tienen los lingüistas a basar sus análisis en conceptos inducidos por la escritura tales como *fonema*, *palabra*, y *oración*; ello a pesar de que en líneas generales aceptan y se supone que siguen como supuesto fundamental el principio de la primacía del habla en la investigación lingüística. Observa Coulmas que la mayor parte de los conceptos fundamentales de la lingüística han sido derivados de la gramática greco-latina —que, como hemos indicado, se basa casi exclusivamente en la lengua escrita— y que, por tanto, los lingüistas en general no hacen lo que se supone que deben hacer, es decir, analizar la lengua hablada sin influencia alguna de la escritura. He aquí la definición de este autor:

“**Escriturismo** La tendencia de los lingüistas a basar sus análisis en conceptos inducidos por la escritura tales como FONEMA, PALABRA, SIGNIFICADO LITERAL y ‘oración’, mientras que al mismo tiempo suscriben el principio de la primacía del habla en la investigación lingüística. Dado que los conceptos más importantes de la lingüística se derivan de la escritura, los lingüistas no pueden hacer lo que se supone que por su profesión deben hacer; es decir, analizar la lengua hablada sin estar influidos por la escritura. Desde su comienzo, la gramática ha sido la ciencia de las letras, y en alguna medida sigue siéndolo.” (Coulmas 1996: 455)

Todo ello lleva a una marginación del campo de objeto de la lingüística de las lenguas orales tal como se hablan espontáneamente, en el sentido de que las formas orales son derivadas de las escritas y las diferencias que se observan proceden de factores de actuación ajenos a lo lingüístico, mientras que la lengua escrita refleja mejor la competencia lingüística que es el auténtico objeto de la lingüística.

Es decir, según esta visión, aquellos aspectos en que la lengua oral difieren de la escrita se adjudican a factores de actuación no estrictamente lingüísticos (rapidez, improvisación, estados de ánimo, facilidad de emisión y recepción, etc.). De manera que el presunto objeto auténtico de la lingüística queda marginado y eliminado de la investigación. Esto supone la incorporación en el nivel lingüístico de la superioridad cultural del medio escrito sobre el oral y da una apariencia científica al prejuicio de que el habla espontánea cotidiana carece de organización y es irregular, fragmentaria, inconsistente, incompleta y caótica. Esta postura tiene unas consecuencias de gran alcance en los estudios de tipología lingüística. Puesto que la mayor parte de las lenguas del mundo nunca han sido puestas por escrito, los lingüistas han tenido por fuerza, en la mayor parte de los casos, que recurrir al habla espontánea para obtener los datos descriptivos necesarios para estudiar la tipología de las lenguas. Ahora bien, esta labor se ha fundamentado en uno de los errores fundamentales de la tipología lingüística, contemporánea, que consiste en comparar las formas escritas de las lenguas que tienen unas ortografías establecidas con las formas de la lengua oral espontánea de las lenguas de comunidades indígenas que carecen de ellas (a las que previamente se ha sometido a una transcripción ortográfica basada en criterios dispares que muchas veces tienen que ver con las hipótesis del investigador). El resultado es que las primeras de forma casi indefectible aparecen como más analíticas que las segundas, que tienen la apariencia de ser lenguas muy sintéticas, dado que el habla espontánea tiende a serlo. De aquí surge precisamente el mito de las lenguas polisintéticas. Todavía no se ha encontrado ninguna

lengua polisintética que se escriba tradicionalmente en alfabeto latino. Pero esto se debe a las convenciones ortográficas. Consideremos, para ilustrar este punto, una oración del castellano como:

1) Oración del castellano estándar escrito

Con que no se lo han dado todavía

Habitualmente, esta oración se analiza según su forma escrita como formada por ocho palabras. Sin embargo, si tomamos como modelo, no la lengua estándar escrita, sino la lengua vulgar del habla cotidiana de una persona analfabeta, podríamos obtener algo así como:

2) Oración del castellano oral espontáneo

Konkenðselasandáo tabía

Ahora tenemos solo dos *palabras*, la primera de las cuales consta de once unidades mínimas significativas, tal como podemos apreciar en este análisis:

3) Análisis de la oración anterior

kon-ke-no-se-l-a-s-a-n-da-o

PREP-CONJ-NEG-REFL-3SGOBJ-FEM-PL-HABER-3PL-DA-PART

El bias escriturista consiste en considerar la oración del habla espontánea como una desviación o variación sintética de la versión escrita en la que entran factores de ignorancia, prisa y descuido. Consiste en considerar la versión vulgar como una condensación, una fusión de las palabras aisladas de la escritura por motivos de rapidez e inmediatez del acto locutivo. Pero si el hablante es analfabeta parece bastante difícil justificar que en su competencia lingüística se parte de una forma similar a la escrita y luego la actuación se encarga de *juntar* o *fusionar* los elementos en cuestión.

Desde el punto de vista de la tipología lingüística, si analizamos los ejemplos que se aducen de lenguas denominadas *polisintéticas*, observaremos unos fenómenos similares a los de la lengua hablada espontánea de las lenguas con tradición escrita alfabética como el castellano. Consideremos el siguiente ejemplo esquimal (O'Grady, Dobrovolsky and Katamba 1996: 380):

4) Palabra holofrástica del inuí

Qasu-iir-sar-vig-ssar-si-ngit-luinar-nar-puq

CANSAD-NO-CAUS-LUGAR-ADECUADO- ENCONTRAR-NO-COMPLETAMENTE -ALGUIEN -3SG

'Alguien no encontró un lugar de descanso totalmente adecuado'

Aquí tenemos una palabra que contiene diez elementos mínimos significativos (morfemas y lexemas), pero la expresión del castellano vulgar vista antes tiene once elementos mínimos significativos. Por ello, el castellano oral espontáneo está mucho más cerca del inuí (por más que no sea idéntico a él), que el castellano estándar escrito.

El problema, es que se concibe la palabra como palabra escrita y no como palabra oral y aquí precisamente vemos cómo actúa el escriturismo. Vamos a poner un ejemplo concreto de esto. Sea la oración castellana *El niño juega con la pelota*. Desde el punto de vista ortográfico, esta oración consta de seis palabras y no puede constar de más o de

menos sin que estemos alterando o contraviniendo la ortografía del castellano. De este modo, cualquiera de las siguientes formas de escribir esta oración es ortográficamente incorrecta:

5) Formas incorrectas de escribir *El niño juega con la pelota*

- a) Elniño juega con lapelota
- b) Elniñojuega conla pelota
- c) Elniño juegacon lapelota
- d) El niñojuegacon lapelota
- e) Elniño juega conlapelota
- f) Elniñojuega conlapelota
- g) Elniñojuegaconlapelota

Desde el punto de vista de las convenciones ortográficas del castellano es indiscutible que la oración que estamos examinando consta de seis palabras ortográficas, ello sencillamente porque las reglas ortográficas están estipuladas de modo convencional y explícito y han de ser seguidas de forma completa y total por todo aquel que admita, acepte o tenga que admitir y aceptar esas convenciones. No puede haber discusión alguna sobre esto.

Sin embargo, el criptoescriturismo empieza cuando los lingüistas, al analizar la lengua oral y las unidades de esa lengua oral, parten del siguiente axioma, que nunca se enuncia de forma explícita, pero que se suele seguir de forma más o menos inconsciente:

6) Axioma escriturista de la palabra

La palabra ortográfica es válida también para describir la lengua oral a no ser que se demuestre lo contrario

Es difícil encontrar en los estudios de morfología el análisis de unidades que no sean las palabras ortográficas. Por ejemplo, en un manual introductorio sobre la estructura fonológica de las palabras (Ewen y van der Hulst 2001) se ponen ejemplos, entre otras lenguas, del inglés, neerlandés, francés, turco, ruso, idiomas con unas convenciones ortográficas muy estrictas y en todos los casos se analiza únicamente la estructura fonológica de las palabras ortográficas; no hay ni un solo ejemplo de palabras de estas lenguas que no estén ortográficamente justificadas. Ello es tanto más extraño cuanto que lo que se explica en el manual es la estructura fonológica y no la estructura grafémica de las palabras. Y resulta a todas luces increíble que las convenciones ortográficas reflejen de modo totalmente fiel, sin desajuste alguno, las unidades del habla. Esto es así sencillamente porque el habla es intrínsecamente dinámica, conoce mucha variación y no para de cambiar y las convenciones ortográficas son estáticas, no admiten variación alguna y se cambian intencionalmente de tarde en tarde y sólo en determinados aspectos muy concretos.

Esta absoluta fidelidad ortográfica a la palabra es una de las constantes de la lingüística moderna y es aceptada tanto por los grandes maestros que por los lingüistas de a pie. No debe extrañarnos, pues, que el gran lingüista E. Sapir afirme en su emblemático libro sobre el lenguaje (Sapir 1921: 104) que la oración inglesa *the farmer killed the duckling* ‘el granjero ha matado al patito’ consta de cinco palabras. Ciertamente, consta de cinco palabras ortográficas, pero ¿realmente consta de cinco unidades significativas independientes en la lengua hablada inglesa? La pregunta es relevante, dado que el libro de Sapir lleva como subtítulo *Introducción al estudio del habla*.

Ante ello, no cabe extrañarse de que las convenciones ortográficas sean una guía segura para el estudio del habla y de que, por tanto, esté más que justificada la adopción del axioma escriturista de la palabra que acabo de enunciar.

Las convenciones ortográficas nos hacen decir que, por ejemplo, *la casa* consta de dos palabras, pero si observamos el habla normal, veremos que el artículo es un elemento que tanto morfológica como prosódicamente pertenece a *casa* y, por tanto, que ha de analizarse como un morfema de definitud, lo que lleva a considerar *lacasa* como una sola palabra. Hay dos tipos de objeción en contra de esta idea. La primera consiste en hacer notar que puede ‘insertarse’ una palabra léxica entre el supuesto morfema *la* y el lexema *casa*, como en *la primera casa*.

Este argumento es muy frecuente en las obras de introducción a la morfología. He aquí un ejemplo, entre los muchos que podría ofrecer:

“—El artículo se puede separar del lexema nominal a que acompaña por la inserción de otra palabra o de otras palabras:

Un travailleur
Un grand travailleur

Esta separabilidad, lo veremos en el capítulo siguiente, cumple una función sintáctica de devolución del estatuto de epíteto a la palabra (adjetivo o nombre) que viene a insertarse entre las dos partes del nombre.” (Pergnier 1986: 84)

Este razonamiento, aparentemente correcto, es, si se examina con detenimiento, absolutamente disparatado y está imbuido del escriturismo más rampante. Es fácil, para el lingüista de base escriturista, ‘meter’ un adjetivo en el hueco gráfico que hay entre *la* y *casa* en la forma ortográfica convencional *la casa*. Pero no hay ningún ‘hueco’ entre *la* y *casa* en la forma de la lengua oral [lakása] que es la única forma sensata de transcribir fonéticamente la expresión correspondiente. Pero lo que ocurre en el caso de *la primera casa* no es que se haya introducido *primera* entre *la* y *casa* sino simplemente que se ha generado *la primera*; de hecho, *la primera* puede aparecer como una palabra fonológica y gramaticalmente consistente en el discurso. Esto significa que *la* es un morfema que afecta tanto a nombres sustantivos como a nombres adjetivos, que no es exclusivo de los sustantivos. Esto no introduce dificultad alguna porque hay morfemas como la —o de masculino y la —a de femenino que pueden afectar tanto a los sustantivos (*niño/niña*) como a los adjetivos (*bueno, buena*). Por tanto, que un mismo morfema se afije tanto a una clase de palabras como a otra no invalida su reconocimiento como tal morfema. Por supuesto, el morfema de definitud (lo que habitualmente se denomina *artículo*) tiene distinta categoría morfológica que el morfema de género, ya que, por ejemplo, en *la primera niña* el morfema de género *a* aparece a la vez en el sustantivo y en el adjetivo, pero el morfema de definitud solo aparece en el adjetivo y no tenemos **la primera la niña*. Esto no significa que no se pueda dar esta situación, dado que, por ejemplo, el morfema de definitud (el artículo tradicional) aparece tanto en el adjetivo como sustantivo en el mismo sintagma nominal en la lengua árabe clásica: en donde *la lengua árabe* se dice literalmente *la lengua la árabe*.

Que el artículo considerado el morfema de definitud no se comporte de modo idéntico al morfema de género en este aspecto, no significa necesariamente que no pueda ser considerado como morfema. La diferencia está en el grado de fusión de ese morfema con el sustantivo a que afecta y este grado de fusión depende de cada morfema y de cada lexema. Por ejemplo, en el caso de *niño* es fácil de reconocer el morfema de género porque existe *niña*; no ocurre lo mismo en *caso*, en el que no parece tan

plausible seleccionar la *o* final como morfema de género dado que *casa* no es el femenino de *caso* como *niña* es el femenino de *niño*; eso significa que ese morfema de género está menos integrado en el lexema que en el caso de *caso*, en donde el morfema de masculino está inextricablemente unido a la raíz lexemática y ya no se puede ‘separar’ esa *o* final y reconocerla tan fácilmente como realización del morfema de género. El morfema de definitud está claramente menos fundido con el lexema, es más independiente de él que el morfema de género.

Por esa razón, surge el otro gran argumento que se esgrime en la consideración de los artículos como morfemas. Según esta crítica, *las casas* son dos palabras diferentes porque ambas están determinadas para género (femenino) y número (plural). La razón de esta situación está en que el artículo procede de un pronombre y el pronombre tiene determinaciones morfológicas de género y número. Por tanto, *las* está constituido en realidad por tres morfemas: el de definitud: *l*—, el de femenino —*a* y el de plural —*s*. Pero tres morfemas concatenados no constituyen una palabra: para que haya palabra, en sentido tradicional al menos, necesitamos como mínimo un lexema. Podemos decir que *las* es un morfema complejo o un complejo morfemático, pero no una palabra. Por lo demás, *las* cumple todas las demás propiedades que hemos asignado a un morfema.

Sin embargo podríamos seguir haciendo un análisis morfemático tradicional de *las niñas* si seguimos algunas de los análisis para el francés hablado propuestos por el lingüista francés A. Martinet en sus ya clásicos *Elementos de Lingüística General* (Martinet 1960). En esta obra, el ilustre lingüista galo hace un tratamiento de la palabra francesa realmente alejado de la perspectiva escriturista. En él (Martinet 1960: 130) considera la expresión francesa *nous courons* ‘corremos’ como una palabra que transcribe /nukuroⁿ/ en la que hay un morfema discontinuo de primera persona del plural formado por el circunfijo /nu/.../oⁿ/, que sustituye al concepto tradicional de concordancia. Por ello, y siguiendo la propuesta de Martinet, un análisis alternativo a la idea de que el artículo *las* y el sustantivo *niñas* concuerdan en género y número sería considerar que en la palabra /lasniñas/ existen dos circunfijos: uno de género /a/.../a/ y otro de número. /s/.../s/.

Al morfema de definitud se le podría denominar *morfema flexivo de segundo orden* o incluso *morfema flexivo sintagmático*, dado que tiene como ámbito de actuación todo el sintagma nominal: en *la primera casa* lo que es definido no es solo *primera* sino todo el sintagma *primera casa*. Creo que puede resultar muy instructiva y aclaradora de lo que estoy proponiendo una comparación con el euskera. En esta lengua, el morfema de definición es el sufijo —*a*; de este modo, *umea* significa ‘el niño’ y se analiza como *ume+a* donde *a* es el afijo de definitud, que equivale al artículo definido del castellano y que en la gramática vasca se considera como un sufijo. Ahora bien, si observamos la siguientes cuatro expresiones (Zubiri 2000: 128):

7) Euskera

- a) *ume* ‘niño’
- b) *umeA* ‘el niño’
- c) *ume txikiA* ‘el niño pequeño’
- d) *ume txiki eta politA* ‘el niño pequeño y bonito’

nos damos cuenta, al examinar de forma detenida estos ejemplos, de que el morfema —*a* de definitud afecta a todo el sintagma *ume txiki eta polit* ‘niño pequeño y bonito’, pero solo se afija a la última palabra de ese sintagma, que es el adjetivo *polit*. De modo análogo, si consideramos que el artículo es un morfema de definitud del sustantivo *niño* obtenemos una cuadro idéntico:

8) Castellano

- a) Niño
- b) ELniño
- c) ELniño pequeño
- d) Elniño pequeño y bonito

Por esta razón, decía antes que el artículo es un morfema flexivo sintagmático, dado que se afija a una sola palabra del sintagma nominal pero afecta a todo él. Este tipo de morfemas es muy frecuente en las lenguas del mundo.

Que la unidad que conocemos como *palabra* tiene pertinencia en el habla es evidente, pero que no se trata de la palabra ortográfica es, por lo que hemos visto hasta ahora, igual de evidente. Es necesario acudir a la organización de la lengua oral para identificar el tipo de palabra que nos interesa. Eso es precisamente lo que se propone Dahl (2004: 257-258), según el cual la lengua hablada se estructura en unidades que denomina *paquetes* y que representan el dominio máximo de lo que se puede incluir como unidad manejable tanto para la producción del habla como para su análisis. Según Dahl, estos *paquetes* incluyen una palabra o lo que Nespors y Vogel (1994: 169-190) denominan un *grupo clítico*, que se emite en una unidad prosódica con un contorno entonacional unitario. Las dos propiedades fundamentales de estos *paquetes* son las siguientes (Dahl 2004: 257): están muy integrados y se corresponden con un solo impulso u orden en algún nivel de la producción lingüística, por un lado, y presentan muchas restricciones respecto a su complejidad interna, por otro. Es como si fueran cajas con capacidad limitada en las que las cosas han de ponerse de una manera determinada para que puedan caber.

Dahl (2004: 158) propone las siguientes restricciones para los *paquetes*:

9) Restricciones de los *paquetes*

- a) Las expresiones referenciales léxicas no caben fácilmente en los *paquetes*
- b) Un elemento de un *paquete* no puede estar enfatizado
- c) Un elemento de un *paquete* no puede estar dotado de estructura sintáctica interna

Según este autor, la oración inglesa *She drinks tea* 'Ella bebe té' puede constituir un paquete, pues no hay ningún elemento que no *quepa* fácilmente en él. Por otro lado *Mary drinks tea* 'María bebe té' consta de dos paquetes, *Mary* 'María' y *drinks tea* 'bebe té', dado que *Mary* es una expresión referencial léxica. Por su parte, *Mary drinks the tea* consta de tres *paquetes*, *Mary*, *drinks* y *the tea*, dado que tanto *Mary* como *the tea* son expresiones referenciales léxicas. La oración *Mary drinks TEA* 'María bebe TÉ', con acento contrastivo en la palabra *tea* 'té', consta de tres paquetes, dado que *tea* 'té' está enfatizado. Por último, la oración *Mary drinks tea and coffee* 'María bebe té y café' contiene tres paquetes: *Mary*, *drinks* y *tea and coffee*, dado que *tea and coffee* tiene una estructura compleja sintáctica interna.

El análisis de Dahl también da cuenta de la observación de Di Sciullo y Williams (1987: 106-107) a propósito de que en la expresión inglesa *I'll come* 'vendré' la forma 'll no es una palabra. Observan estos autores, en primer lugar, que 'll no es una palabra fonológica posible del inglés; tampoco es una palabra morfológica, dado que no existe ninguna regla morfológica que produzca esta expresión. Tampoco es una unidad sintáctica. Entonces, ¿qué es según estos autores? Lo que proponen es que *I'll* es una palabra fonológica (Di Sciullo y Williams 1987: 107). Pero esta idea es muy extraña, dado que *I'll* no parece funcionar como una unidad aislable de la lengua hablada, sino que siempre aparece con un verbo léxico. Pero eso es precisamente lo que caracteriza a los morfemas. Por lo tanto,

podemos calificar a *I'll* como un complejo morfemático afijado a un verbo. Según las especificaciones de Dahl *I'll come* puede formar perfectamente un paquete y, por tanto, la unidad aquí es la expresión completa y en todo caso *I'll* es una parte de ese paquete, no un paquete autónomo. Por su parte, tanto *I* como *'ll* se pueden considerar como elementos morfemáticos que afectan al elemento léxico del paquete, el verbo *come*.

Vemos que solo en una ocasión coincide el análisis de Dahl con el análisis que se deduce de las convenciones ortográficas del inglés, lo que vendría a demostrar que la palabra ortográfica solo a veces es capaz de reflejar con cierta fidelidad las unidades de la lengua hablada.

Si adoptamos el punto de vista de Dahl, entonces de las posibilidades de segmentación de la oración *el niño juega con la pelota* que introduje antes, la quinta sería la correcta es decir, *Elniño juega conlapelota*. En efecto, en *elniño juega conlapelota* encontramos tres unidades que cumplen los requisitos necesarios para ser concebibles como unidades prosódico-morfológicas de la lengua oral castellana. La unidad *elniño* consta de un sustantivo definido referencial y léxico, porque lo no puede haber en ningún otro *paquete* incluido en la oración; por su parte *conlapelota* consta de un sustantivo definido referencial que tiene una especificación de función sintáctica expresada mediante el prefijo *con* que afecta a toda la palabra *lapelota* y que, por tanto, tiene una estructuración interna. Todo ello, hace que todo lo que contiene este *paquete* no pueda meterse en ningún otro *paquete* de la oración.

Las implicaciones de este análisis —que podrá mostrarse en el futuro correcto o incorrecto, pero que al menos está en buena medida libre de escriturismo— para establecer tipos de lenguas son muy notables. Martinet piensa que las implicaciones de las posiciones no escrituristas para las gramáticas descriptivas de las lenguas son también muy importantes:

“Una gramática del francés que se fundara únicamente en la forma fónica de la lengua hablada ofrecería una estructura que diferiría profundamente de la que ofrecen las gramáticas clásicas, que no tienen apenas en cuenta más que la lengua tradicional en su forma gráfica. No se hablaría en ella, por ejemplo, de conjugaciones diferentes, pero sí haría la distinción entre verbos de tema único (ej. /dòn—/ ‘dar’) y verbos de temas variables (ej. /fini—, finis-/: /fini fini—ra/ frente a /finis-oⁿ finis-ioⁿ/; /sè—sav—so—/: / il sè/, /nu sav- oⁿ/, /il so-ra/). De hecho, el sentimiento de unidad del francés más allá de sus formas divergentes no puede mantenerse más que a costa de un largo adiestramiento que permite al niño identificar el sintagma /izem/, que pronuncia desde que aprende a hablar, con la grafía *ils aiment*, que debe reproducir bastante fielmente la sucesión de fonemas y de monemas que se empleaban hace unos mil años.” (Martinet 1960: 200-2001)

El problema es que los lingüistas, como los demás miembros más ilustrados de una sociedad letrada, han sufrido un adiestramiento aún mayor para interiorizar las formas escritas de la lengua y han aprendido y asimilado todo un aparato teórico de análisis que se basa precisamente en dichas formas escritas. De ahí, que el escriturismo en lingüística sea comprensible: muchos gramáticos del francés parten de *ils aiment* cuando deberían partir de /izem/, por lo menos los que creen en la preeminencia absoluta de la lengua hablada sobre la escrita. De modo análogo, los gramáticos castellanos por lo general parten de *me lo ha dado* y no de algo así como /meladáo/, una forma esta última mucho más frecuente en la lengua oral espontánea. Claro es, que, influidos de modo muy poderoso por la gramática normativa de la lengua estándar basada en una serie de presupuestos sociales, políticos y culturales en gran medida ajenos a la estructura lingüística misma, muchos consideran que esa forma es vulgar, incorrecta, desviada o anómala y, por tanto, estiman que no debe constituir el punto de partida de ningún análisis morfológico del castellano sino, como mucho, ser anotada al

margen o en una nota a pie de página como un ejemplo de *realización fonética* en el habla vulgar, de la forma *verdadera o básica*, que sería la que se refleja en la escritura. Que la lengua oral espontánea no es una realización abreviada, fragmentaria o fusionada de la lengua escrita ha sido también mostrado en los escasos estudios sistemáticos que hoy por hoy hay en el terreno de la sintaxis de la lengua oral espontánea.

En uno de estos pocos estudios J. Miller y R. Weinert (1998) afirman, después de una exhaustiva investigación de discursos orales en inglés, alemán y ruso a propósito de la unidad de la oración, basada también en la lengua escrita:

“El problema central es que está muy lejos de ser evidente que el sistema lingüístico del inglés hablado tenga oraciones, por la sencilla razón de que las oraciones-texto son difíciles de encontrar en los textos hablados. Por supuesto se podría argumentar que las oraciones-tipo que emplean los lingüistas no se corresponden con oraciones-texto [...] Contra ello, se puede aducir que las oraciones-tipo se proyectan en oraciones-texto en el habla oral espontánea porque las oraciones-tipo están basadas en un concepto prototípico de oración que contiene al menos una cláusula principal y/o cláusulas subordinadas.” (Miller y Weinert 1998: 30)

Según estos autores muchos de los tipos de oración compleja estudiados en los manuales al uso y en los trabajos especializados son invenciones artificiales desarrolladas para la lengua escrita:

“Es decir, los textos escritos más tempranos contenían oraciones-texto que constaban de un número pequeño de cláusulas, y con el tiempo se fueron elaborando oraciones-texto más complejas por parte de los escritores latinos. Este desarrollo surgió de un esfuerzo consciente, a diferencia de los cambios en la lengua hablada espontánea; ese desarrollo no tuvo lugar en la lengua oral, y las unidades textuales escritas resultantes tuvieron que ser enseñadas.” (Miller y Weinert 1998: 44)

En este libro, además, se muestra que una buena parte de las restricciones o reglas sintácticas que se han propuesto para el inglés y otras lenguas no son *respetadas* en la lengua oral espontánea y, lo que es más importante, que existen unos patrones de estructuración distintos a los establecidos en la gramática estándar correspondiente, que son sistemáticos y que además recurren en lenguas orales de distinta filiación genética y tipológica, lo cual, según estos autores, excluye la idea de que se deban a errores de actuación (Miller y Weinert 1998: 72). Al examinar una conversación espontánea informal, estos autores afirman:

“A partir de una comparación entre las versiones hablada y escrita es demasiado fácil concluir que un texto oral es una pieza de comunicación imposible con una sintaxis fragmentaria e incompleta y una secuencia informativa mal organizada. El hecho es que ninguno de los participantes en la conversación parecía notar que faltara algo, [...] y la conversación progresó fluidamente.” (Miller y Weinert 1998: 60)

Observamos, pues, que los lingüistas, al basar sus análisis en los modelos escritos, contribuyen a afianzar científicamente una actitud despreciativa y marginadora hacia la lengua oral espontánea típica de las ideologías occidentales que intentan convertir las lenguas cotidianas en meras hablas o jergas para devaluarlas, arrinconarlas y desprestigiar a las clases populares, que se ven sometidas a una opresión cultural manifiesta.

3. EL MITO DE LA EXCEPCIONALIDAD DE LOS SABIRES Y CRIOLLOS

Los lingüistas contribuyen a la minusvaloración y desprecio de las lenguas criollas al afirmar que son versiones desviadas o simplificadas de las lenguas europeas occidentales que se expandieron mediante el colonialismo y al mantener que son excepcionales y que, en cierto modo, manifiestan las propiedades primitivas o cognitivas básicas del ser humano. Un ejemplo reciente de esto es la propuesta de McWhorter (2001) de que la gramática de las lenguas criollas es más simple que la de las lenguas no consideradas criollas (criticada en Moreno Cabrera 2003).

El desprecio a las lenguas criollas se extiende también a los sabires (*pidgins*), que son versiones reducidas de determinadas lenguas que se usan para unas funciones muy restringidas. Primitivismo, simplicidad, excepción, son tres conceptos ideológicos, no lingüísticos, que contribuyen de modo patente a la marginación de estas lenguas tanto en el propio ámbito de la lingüística como en ámbitos sociales más amplios.

Un tópico que se repite sin cesar es que los sabires y criollos suponen una ruptura de la transmisión *normal* de la lenguas (Thomason y Kaufmann 1988: 147-166) y el hecho de que todos ellos sean muy parecidos entre sí o compartan supuestamente muchas categorías y propiedades lingüísticas se toma como prueba irrefutable de ese supuesto carácter excepcional o anormal.

Pero esa similitud, según algunos autores, no viene de ninguna circunstancia excepcional sino que es el resultado de las facultades lingüísticas comunes a niños y adultos en general cuando se enfrentan a lenguas muy alejadas tipológicamente de sus lenguas nativas, como es el caso en las situaciones sociales y económicas en las que surgen los sabires y las lenguas criollas:

“La similitud entre los sabires y los criollos, si insistimos en que representan un tipo especial de lenguas, no serían debidas a las facultades especiales accesibles a los niños, que desaparecen en la edad adulta, sino más bien a una capacidad humana general para leer a través de y eliminar las representaciones superficiales como ruido, permitiendo mediante ello alcanzar el significado fundamental. Las diferencias estructurales entre los sabires se deberían a las diferencias entre sus varias lenguas de partida. Como resultado, en el momento en el que un sabir cuaja, su gramática incluirá (a) algunos rasgos marcados comunes a sus lenguas de partida, y (b) los rasgos no marcados que se obtienen a través de las universales del lenguaje.” (Jourdan 2006: 153-154)

Los procesos que dan cuenta de estas lenguas son, por consiguiente, los procesos normales de contacto entre lenguas de distinta filiación genética:

“La perspectiva sobre la cultura que estoy usando aquí me permite proponer que los SC [sabires y criollos] son también, y sobre todo, resultado de un proceso de traducción cultural inherente a todas los casos de situaciones de contacto y de un proceso de creación de lengua. En estos tipos de traducción, el reanálisis e interpretación culturales son tan importantes para la lengua que se está creando tanto como el reanálisis.” (Jourdan 2006: 154)

Los sabires no son otra cosa que un tipo más de lengua limitada en la que hay un cruce de varias lenguas *completas* no relacionadas genéticamente. Para ilustrar un sabir, consideremos algunos ejemplos de russenorsk traducidos al castellano escrito y al hablado informal (subrayado) en una situación de intercambio comercial, circunstancia en la que se utiliza esta lengua:

10) Ejemplos de russenorsk (Sebba 1997: 64-65)

kak shprek po norsk? ‘¿Cómo se dice esto en noruego?’ // ¿En noruego?
 tvoya kupom planka? ‘¿Quiere comprar una tabla?’ // ‘¿Una tabla?’
 Kak pris? ‘¿Qué precio tiene?’ / ¿Precio? o ¿Qué precio?
 grut stoka na gaf ‘Hay tormenta en el mar’ / Hay tormenta
 moja kupom fiska ‘yo quiero comprar pescado’ / pescado/ quiero pescado

En una transacción comercial en la que intervienen personas que hablan lenguas genética y tipológicamente distintas, las formas más habituales en castellano hablado serían las que figuran en segundo lugar, que resultan ser incluso más simples que las del russenorsk. Por ejemplo, cuando vamos a comprar pescado no decimos habitualmente *yo quiero comprar pescado* o *yo compro pescado* menos aún *compro pescado*, sino simplemente *pescado* o *quiero pescado* o *póngame pescado*: es decir, como mucho, dos palabras, sin más. La expresión russenorsk correspondiente tiene tres palabras *moja kupom fiska*, que se podría traducir literalmente como ‘yo comprar pescado’; en realidad *moja kupom* tiene la misma información que *compro* y, por ello, las frases castellano y russenorsk se corresponden de modo exacto.

He aquí un pequeño texto en russenorsk :

11) Pequeño discurso russenorsk

“moya po anner ship nokka vin drikkom, so moya nokka lite pian, so moya spaserom po lan po selskap anner rusman, so polisman grot vret po rusman, so rusman po kastel slipom.”
 (Holm 1988: 624):

Sería un error traducir este texto al castellano escrito estándar, como se hace casi siempre en los estudios de estas lenguas, en las que se traducen los sabires a versiones escritas de una determinada lengua occidental asociada al colonialismo. En el caso que nos ocupa, se puede afirmar que el russenorsk es una lengua oral espontánea, no planificada de antemano. Por ello habría que traducirlo al habla espontánea castellana . He aquí una posible traducción:

12) Traducción al castellano oral espontáneo

‘[es que] tomé vino en otro barco/ [ná].. que me emborraché un poco y me di una vuelta con otros rusos/ es que la policía nos tiene manía así que a dormir a la cárcel.’

Si comparamos el discurso del russenorsk con el del castellano oral espontáneo (entre corchetes hay expresiones coloquiales que no figuran en el texto russenorsk) vemos que las diferencias no son grandes. Sí serían algo más evidentes si la *traducción* fuera al castellano escrito. En russenorsk se utiliza la partícula conectiva *so* continuamente y en castellano oral espontáneo tenemos cosas como *pues*, *y*, *es que* que se repiten continuamente y tienen una función parecida. Obsérvese que la preposición *po* tiene varios usos, se usa con dos funciones: la locativa y la comitativa. Según Holm (1988:73) esta preposición tiene muchos más usos y sirve como un subordinante de múltiples valores. Esta multifuncionalidad (que se ve en castellano oral espontáneo con preposiciones como *de* o *con* o *en*) sería, en realidad, un índice de complejidad más que de simplicidad.

Es, por tanto, un error grave —insisto en ello— traducir los discursos de los sabires y criollos, no a la lengua oral espontánea de la lengua colonial correspondiente sino a la lengua estándar escrita. Es la manera de presentar al sabir o criollo como más simple que nuestras lenguas occidentales. Por ejemplo, si comparamos el criollo haitiano con el

francés escrito las diferencias son muy grandes, pero si lo comparamos con el francés hablado espontáneo la cosa cambia radicalmente y ello es esperable porque sabemos perfectamente que el criollo haitiano procede (entre otras fuentes) del francés hablado espontáneo y no del estándar escrito, tal como es argumentado con autoridad por R. Chaudenson (2003: 260, 333)

No creo que esté demostrado que los sabires y criollos sean formas lingüísticas excepcionales, más simples que los idiomas no considerados sabires y criollos. Los criollos son lenguas naturales habladas que carecen por lo general de una forma escrita reconocida y con suficiente prestigio. Los sabires son mini-lenguas limitadas a ciertas circunstancias, como lo es la lengua de los partes meteorológicos, o del habla de los turistas que manejan las guías lingüísticas de bolsillo para viajeros.

Los presuntos rasgos de simplicidad de las lenguas criollas no son más que los rasgos habituales de las lenguas habladas en general y, por tanto, no representan un estado incipiente o inicial del desarrollo evolutivo de las lenguas, sino el estado final.

Sobre el carácter supuestamente simplificado y primitivo de los sabires y de las lenguas criollas trata la especialista S. Romaine (1992) en su trabajo sobre la evolución de la complejidad lingüística en los sabires y criollos. En primer lugar, esta lingüista aboga por un continuo entre sabires y criollos de modo que no se trata de dos compartimentos estancos.

Para Romaine los sabires suponen un caso de lengua limitada debido a sus contextos restringidos de uso. En este sentido, los sabires más que pre-lenguas serían mini-lenguas. Ya hemos visto el caso del russenorsk, que sería una lengua en miniatura que sirve solo para un determinado tipo de situación, igual que, por ejemplo, la lengua de los partes meteorológicos. Por otro lado, arguye Romaine, si no definimos de modo objetivo y detallado qué se entiende por simplicidad o simplificación es muy difícil aplicar estos conceptos de forma coherente, más aun teniendo en cuenta que no se trata de conceptos absolutos, sino relativos. Romaine describe cómo en los procesos de sabirización se produce una reducción drástica de la morfología flexiva y también del vocabulario. Ahora bien, en el primer caso, las categorías gramaticales fundamentales expresadas mediante flexión o derivación en la lengua o lenguas de origen, no se pierden en el proceso de sabirización, sino que se suelen expresar de modo analítico. Por tanto, la sabirización no implica una pérdida de funciones gramaticales básicas o fundamentales, sino una reformulación formal de las mismas. No hay, por tanto, simplificación funcional. En el segundo caso, la limitación del vocabulario supone un incremento de los circunloquios y perífrasis, con lo cual se explotan los recursos sintácticos. Esto obedece a la siguiente ley de teoría de la información denominada por Lyons ‘extensión sintagmática’ que es válida para todas las lenguas en general:

“Si hay un número dado de unidades distinguibles en virtud de su composición en elemento de ‘nivel inferior’ entonces la ‘extensión’ de cada unidad de ‘nivel superior’, medida por el número de elementos sintagmáticamente relacionados en cada grupo que la identifica, será inversamente proporcional al número de elementos en contraste paradigmático dentro del grupo.”(Lyons 1973: 80)

Como resultado de este principio tenemos que la reducción de elementos léxicos lleva a una mayor utilización de los mecanismos sintácticos, lejos de empobrecer o limitar la sintaxis. Romaine cita, a modo de ejemplo, la forma de decir ‘sierra’ en neomelanesio: *brata bilong tamiak, yu kisim i go subim i kam* ‘hermana del tomahawk que mueves atrás y adelante’, que expresa una sintaxis similar a la sintaxis coloquial de las lenguas occidentales.

Además observa Romaine que la reducción del léxico lleva hacia la generalidad semántica de los términos y no a una reducción de los dominios semánticos. Dicho de otro modo, muchos elementos léxicos tienden a tener un significado más abstracto y general y se pueden aplicar a más cosas; en realidad esto aumenta la polisemia y realmente complica la lengua. Así, observa Romaine que en el sabir fiyi la palabra *kato* ‘cesta’ se corresponde con cuatro palabras distintas del fiyi y se puede usar para denotar tanto ‘cesta’, como ‘bolsa’, ‘caja’, ‘bolsa para pescado’, ‘bolsa de coco’ y ‘bandeja de hojas trenzadas’. En el sabir no han desaparecido esas denotaciones: simplemente una palabra ha adquirido más significados, con lo cual tenemos una mayor complejidad.

Lo mismo ocurre con la reducción de los marcadores gramaticales, que no supone una desaparición de las relaciones gramaticales básicas que expresan. Por ejemplo, en neomelanesio *askim* puede funcionar como nombre o como verbo y significar ‘pregunta’ o ‘preguntar’. Eso realmente parece un rasgo tomado del inglés, la base de ese sabir, lengua en la cual muchos sustantivos pueden funcionar como verbos (véase Moreno Cabrera 1999).

Otra de las piedras de toque es la presunta ausencia de la recursividad en las lenguas criollas. Cuando se insiste en la recursividad suele pensarse en algunos ejemplos muy elaborados típicos de la lengua escrita tales como:

13) Recursividad en el castellano escrito

“La idea de que Juan haya dicho a Pedro que mantuvo que Antonio había visto que María había llegado tarde, no le gusta a quien sabe de quién ha sido.”

Estas expresiones complejas son rarísimas en la lengua coloquial diaria y, por tanto, no se pueden considerar típicas en ninguna de las lenguas orales espontáneas europeas.

Sin embargo, las cosas son más fáciles de diagnosticar de lo que se cree. Si en una lengua se puede decir *la casa de su padre*, entonces hay recursividad, ya que la estructura de este sintagma nos dice que hay un SN dentro de otro SN y por tanto tenemos una regla recursiva como la siguiente:

14) Regla recursiva del sintagma nominal

SN \Rightarrow art N de SN.

He aquí un ejemplo de esto en el sabir fanagalo hablado en el sur de África (Sebba 1997: 57):

15) Fanagalo

Mina	yazi	lo	msbenzi	ga	lo	ndlu
Yo	saber	el	trabajo	de	la	casa

‘Sé hacer las tareas de la casa’

Esta oración presenta recursividad en la estructura genitiva “el trabajo de la casa”, que es un sintagma nominal que incluye otro sintagma nominal.

Sería inconcebible que un ser humano normal no pudiera decir o concebir una frase como “la casa de mi madre” hable en la lengua o sabir que hable.

La propia Romaine cita unas palabras de Bickerton que renuncian a la idea de que los criollos son más simples que otras lenguas y proponen el abandono de este concepto:

“Mientras que he mantenido que los criollos son más *parecidos* que otras lenguas y que pueden en algún sentido ser más *naturales* que otras, no creo que nunca haya dicho explícitamente que son más simples: todo el concepto de simplicidad en una lengua está

sembrado de minas epistemológicas y de otro tipo y debería ser evitado del todo (*apud* Romaine 1992: 232)

En última instancia, el ser humano no está limitado por las propiedades de las lenguas que habla, sino que es exactamente al revés: las formas de hablar de los seres humanos están determinadas por la cognición de éstos. La recursividad, la categorización, la intencionalidad, la causalidad, la consecuencia son propiedades de la mente humana y no de las lenguas. Por ello, es imposible que una persona normal hable una lengua que no refleje estas propiedades, por muy limitada léxica o morfológicamente que esté esa lengua por diversas circunstancias ajenas a la cognición humana (desconocimiento de determinadas lenguas, intento de hacerse comprender realizando una labor más o menos espontánea de simplificación, etc.).

La metodología critpoeccriturista que lleva a los lingüistas a utilizar las lenguas estándares escritas europeas para caracterizar tipológicamente las lenguas criollas ha sido también denunciada por Hagège (2001: 172-173) y Chaudenson (2003). Al hacer esta comparación sobre la base de la lengua escrita y no sobre la base de la hablada, se pierden mecanismos fundamentales para la estructuración morfosintáctica de las lenguas, como la entonación. En todas las lenguas hay medios entonativos de expresar determinadas categorías y funciones gramaticales. Por ejemplo, en castellano se puede formar una oración interrogativa confirmativa mediante la expresión *a que* (*A que no lo sabe todavía*) o mediante la entonación (*¿No lo sabe todavía?*). Ambas formas están igualmente gramaticalizadas. La entonación no se ve en la escritura pero es una marca sintáctica tan auténtica como una expresión o partícula oracional. ¿Podemos estar seguros de que una lengua no marca explícitamente mediante la entonación una categoría que en otra se marca mediante un morfema? No podemos estarlo hasta que no estudiemos la entonación seriamente y las transcripciones de los saberes y de las lenguas criollas, siguiendo los modelos ortográficos, no representan en absoluto la entonación.

Desde hace mucho tiempo, los lingüistas han intentado determinar los rasgos gramaticales que hacen supuestamente que las lenguas criollas pertenezcan a un tipo lingüístico especial imaginado. Entre estas propuestas podemos citar la de McWhorter, que señala como características que definen el tipo lingüístico criollo las siguientes:

16) Caracterización del tipo lingüístico criollo (McWhorter 1998: 788-818)

1. escasez o ausencia de afijación flexional
2. uso débil o nulo de los tonos en la distinción semántica de los monosílabos o en la codificación sintáctica
3. afijación derivativa semánticamente regular

La opinión de Chaudenson, especialista en lenguas criollas de base francesa, sobre esta caracterización del tipo criollo es muy elocuente:

“La proposición es osada, pero se puede decir que es un poco imprudente: los rasgos que se proponen para definir los criollos son tan generales que no se puede adelantar sin riesgo de error que, entre los millares de lenguas del mundo que no han sido aún descritas, no se van a encontrar algunas decenas (o más...) que presenten estos tres rasgos, dos de los cuales se definen de modo muy impreciso, sin tener por lo demás ninguno de los rasgos ‘histórico-genéticos’ que se consideran normalmente ligados a la criollización.” (Chaudenson 2003: 59-60)

El primer punto, la presunta ausencia de afijación ha sido además rebatido de forma contundente por DeGraff (2001a), en un estudio detallado del haitiano. Ha de observarse que en este punto se aplican las críticas que hemos visto en la sección

primera de este artículo a propósito de lo que se considera afijo morfológico. Si hacemos unas transcripciones de las expresiones de las lenguas criollas siguiendo los modelos ortográficos del inglés o francés estándar, podemos fácilmente llegar a la conclusión de que las lenguas criollas son más analíticas de lo que realmente son si no utilizáramos dichas convenciones. Por lo demás, esta propuesta de McWhorter ha sido examinada críticamente de forma muy detenida por Mufwene (2000), que también la rechaza.

Otros investigadores han llegado a la conclusión que no existe un tipo especial de lenguas criollas que pueda definirse en términos estrictamente fonológicos y gramaticales: las lenguas criollas no son lenguas especiales distintas de las demás desde un punto de vista estrictamente gramatical y fonológico. No existe, pues, un tipo lingüístico criollo. P. Muysken, uno de los especialistas mundialmente reputados dentro del campo de estudio de las lenguas criollas, concluye, después de examinar si las lenguas criollas son o no un tipo especial de lenguas:

“Para concluir, la suposición de que las lenguas criollas son parecidas, simples y mixtas está lejos de no ser problemática. La noción misma de lengua *criolla*, desde el punto de vista lingüístico, tiende a desaparecer si se observa de cerca: lo que tenemos es, simplemente, una lengua.” (Muysken 1988: 364).

Otros autores piensan de manera parecida:

“No hay una clase estructuralmente denominada criollos definible sobre una base tipológica: en otras palabras, las lenguas criollas no pueden ser tratadas como diferentes sincrónicamente de cualquier otra lengua.” (Ansaldó y Matthews 2001: 311)

La justificación lingüística de la idea de que los sabires y los criollos son manifestaciones simplificadas de ciertas lenguas occidentales asociadas al colonialismo y al imperialismo se debe a la utilización de versiones escritas de esas lenguas occidentales como base de comparación, cuando es bien sabido que la criollización es un fenómeno que tiene que ver con el contacto lingüístico entre variedades orales de lenguas que no tienen una relación genética ni tipológica entre sí. Por tanto, el criptoescriturismo no solo supone una consideración defectuosa y sesgada de los aspectos tipológicos de la diversidad lingüística, sino también la invención de tipos lingüísticos inexistentes que se consideran constituidos por lenguas que se supone que son versiones simplificadas o degradadas de las lenguas estándares escritas, que constituyen, de forma contraria a los hechos, el modelo de referencia.

4. Conclusión: las lenguas amenazadas por los lingüistas

El criptoescriturismo es uno de los rasgos fundamentales de buena parte de la lingüística moderna. Consiste, en esencia, en pretender que se están desarrollando modelos de análisis para estudiar la lengua hablada, cuando en realidad lo que se hace es basar dichos desarrollos en la lengua estándar escrita, como si ésta fuera una mera transcripción de la lengua oral espontánea.

La visión de las expresiones de la lengua oral espontánea como formas condicionadas por la actuación lingüística de otras formas subyacentes, pertenecientes a la competencia lingüística, próximas, si no idénticas, a las que se proponen en la lengua escrita, hace que esa lengua oral sea una especie de abreviación, condensación o realización incompleta y defectiva de la lengua que se toma como base de análisis, que es la lengua estándar escrita. Pero dicha lengua estándar escrita es una elaboración artificial y a posteriori de la lengua oral espontánea y, por tanto, no está dentro de lo que

podríamos denominar como lengua natural, es decir, la lengua que se aprende de forma espontánea durante la infancia y para la que todos los seres humanos estamos genéticamente preparados. Ello significa que esa lengua estándar escrita no es una lengua natural y, por tanto, que debe caer fuera de la base fundamental de la investigación lingüística y ser solo objeto de investigaciones ulteriores de carácter secundario. Pero ocurre en gran parte de la lingüística contemporánea exactamente todo lo contrario. Se estudia la lengua oral espontánea a partir de los modelos establecidos y desarrollados para la investigación de las lenguas estándares escritas. Pero es claro que, si bien es posible y correcto estudiar la lengua estándar escrita como una serie de elaboraciones de las correspondientes lenguas orales espontáneas, no lo es en absoluto estudiar esas lenguas orales espontáneas como simplificaciones, fusiones o realizaciones condicionadas por la actuación de las expresiones de la lengua estándar escrita. Ello es así sencillamente porque, si bien es verdadero que la lengua estándar escrita procede de la lengua oral espontánea, no es cierto —o lo es en una medida muy pequeña, prácticamente insignificante— que la lengua oral espontánea provenga de la lengua escrita estándar.

El criptoescriturismo tiene consecuencias nefastas no solo en la visión equivocada del papel de las lenguas orales espontáneas en la investigación lingüística, sino también para el estudio tipológico de la diversidad lingüística. Las lenguas que no tienen tradición escrita alguna, son puestas por escrito para su estudio y, según las convenciones ortográficas de las que partan los investigadores, podremos obtener una transcripción más analítica o sintética de esas lengua sin tradición escrita. Se estudian las lenguas orales a través de transcripciones en un alfabeto determinado y, por tanto, se somete a esas lenguas a una normalización ortográfica previa que no es aséptica, sino que se basa en una serie de convenciones anteriores que están fundamentadas irremediabilmente en las lenguas estándares escritas europeas. A partir de ahí, se analizan esas transcripciones, bajo la suposición —casi nunca puesta en duda— de que dichas transcripciones son las correctas y además se comparan transcripciones de lenguas distintas hechas por investigadores diferentes que tienen criterios de transcripción no totalmente coincidentes. Por ejemplo, un lingüista que tenga una concepción como la de los paquetes de Dahl que expuse en la primera sección, transcribirá las lenguas sin tradición escrita de una manera muy diferente a quien tenga una concepción más cercana a la tradición ortográfica del inglés, o a otro investigador que tenga una idea de transcripción más cercana a la tradición ortográfica china.

Uno de los ámbitos donde mejor se manifiestan los efectos perniciosos del criptoescriturismo es el del estudio lingüístico de sabires y lenguas criollas. Las lenguas criollas son el resultado del contacto lingüístico entre hablantes de lenguas no relacionadas genéticamente, pero a partir de sus formas orales espontáneas. Sin embargo, los lingüistas en general ha estudiado las lenguas criollas tomando como modelo, no las variedades orales espontáneas de las lenguas coloniales y sus leyes de evolución y desarrollo (en muchos aspectos desconocidas por los propios lingüistas), sino las formas estándares escritas. De esta manera, la visión falsa de que las lenguas orales son versiones de las escritas afectadas por condicionantes de actuación, se traslada a las lenguas criollas y se deduce que éstas son versiones simplificadas, por motivos de falta de comprensión o de aprendizaje defectuoso, de las correspondientes lenguas estándar coloniales occidentales. Pero como es un hecho que las lenguas criollas no proceden de las variedades escritas estándar, sino de las variedades orales espontáneas (Chaudenson 2003), esta visión es radicalmente errónea.

Las consecuencias de estos graves defectos metodológicos de buena parte de la lingüística actual en ámbitos diferentes de los lingüísticos tienen que ver principalmente

con la justificación pseudo-científica que las investigaciones de esta ciencia pueden dar a determinados prejuicios sobre las variedades orales y sobre los criollos que contribuyen a su minusvaloración social y, sobre todo, a la minusvaloración social y cultural de sus hablantes; en ello han insistido S. Mufwene (2001) y, sobre todo, M. DeGraff en sus brillantes y documentadísimos trabajos (2001b, 2003, 2005). Sabemos que la minusvaloración social de las lenguas es uno de los factores que interviene en su minorización y en su desaparición. Por eso considero que el criptoescriturismo hace que las lenguas sean amenazadas en mayor o menor medida por la actividad de los lingüistas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Ansaldo, U. Y J. Matthews (2001) "Typical creoles and simple languages: the case of Sinitic" *Linguistic Typology* 5 2/3, 311-324
- Chaudenson, R. (2003) *La créolisation: théorie, applications, implications*, París, L'Harmattan, ,
- Coulmas, Florian (1996). *The Blackwell Encyclopedia of Writing Systems*. Oxford, Blackwell
- Coulmas, F. (2003) *Writing systems: An introduction to their linguistic analysis*, Cambridge, Cambridge University Press
- Dahl, Ö (2004) *The Growth and Maintenance of Linguistic Complexity*, Amsterdam, John Benjamins
- DeGraff, M. (2001a) "Morphology and Creole Genesis: linguistics and ideology" en M. Kenstowicz (ed.) *Ken Hale: a life in language*, The MIT Press, 53-122
- DeGraff, M. (2001b) "On the origin of creoles: a cartesian critique of Neo-Darwinian linguistics." *Linguistic Typology* 5 2/3, 213-310
- DeGraff, M. (2003) "Against Creole exceptionalism" *Language* 79-2, 391-410
- DeGraff, M. (2005) "Linguists' most dangerous myth: the fallacy of Creole exceptionalism" *Language in Society* 34, 533-591
- Di Sciullo, A. M. y E. Williams (1987) *On the definition of Word*, Cambridge, Mass., The MIT Press
- Ewen, C. J. y H. van der Hulst (2001) *The phonological structure of words. An introduction*, Cambridge, Cambridge University Press
- Hagège, C. (2001) "Creoles and the notion of simplicity in human languages" en *Linguistic Typology* 5-2/3, 167-175
- Hall, R. Jr. (1966) *Pidgin and Creole Languages*, Ithaca NY, Cornell University Press
- Harris, R. (1980) *The Language Makers*, Ithaca, Cornell University Press
- Hawkins, J. A. y M. Gell-Mann (eds.) (1992) *The Evolution of Human Languages. Proceedings of the workshop on the evolution of human languages*, Reading, Addison-Wesley
- Holm, J. (1988) *Pidgins and Creoles*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Jourdan, Ch. (2006) "Pidgin and creoles genesis: an anthropological offering", en Ch. Jourdin y K. Tuite (eds.) 2006, 135-155
- Jourdan, Ch. y K. Tuite (eds.) (2006) *Language, Culture , and Society. Key topics in linguistic anthropology*, Cambridge, Cambridge University Press
- Lefebvre, C. (1998) *Creole Genesis and the Acquisition of Grammar. The case of Haitian creole*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Lieberman, Philip (2006). *Toward and Evolutionary Biology of Language*, Cambridge (Mass.), The Belknap Press of Harvard University Press

- Linell, P. (2005) *The written language bias in linguistics. Its nature, origins and transformations*, Londres, Routledge
- Lyons, J. (1973) *Introducción en la lingüística teórica*, Barcelona, Teide
- Martinet, A. (1960) *Elementos de Lingüística General*, Madrid, Gredos, 1974
- McWhorter, J. (1998) "Identifying the creole prototype: vindicating a typological class", *Language*, 74, 4, 788-818
- McWhorter, J. H. (2001) "The world's simplest grammars are creole grammars", *Linguistic Typology*, vol 5-2/3, págs. 125-166.
- Miller, J. y R. Weinert (1998) *Spontaneous Spoken Language. Syntax and Discourse*, Oxford, Clarendon Press
- Moreno Cabrera, J. C. (1999) "Nombre, Verbo y Etnocentrismo Lingüístico". En *Homenatge a Jesús Tuson*, Barcelona, Empúries, 232-244
- Moreno Cabrera, J. C. (2003) "Síntesis y análisis en las lenguas. Crítica de la tipología morfológica clásica y de algunas de sus aplicaciones sincrónicas y diacrónicas". En *Estudios de Lingüística de la Universidad de Alicante*, 17, 465-504
- Mufwene, S. (2000) "Creolization is a social, not a structural process" en Neumann-Holzschuh y E. Schneider (eds.) *Degrees of restructuring in Creole Languages*, Amsterdam, John Benjamins, 65-84
- Mufwene, S. (2001) *The Ecology of Language Evolution*, Cambridge, Cambridge University Press
- Muysken, P. (1988) "¿Son los criollos un tipo especial de lengua?". En F. Newmeyer (comp.) (1991), *Panorama de la Lingüística Moderna de la Universidad de Cambridge. II. Teoría lingüística: extensiones e implicaciones*, Madrid, Visor, págs. 347-366.
- Nespor, M. e I. Vogel (1994) *La Prosodia*, Madrid, Visor
- O'Grady, William, Michael Dobrovolsky & Francis Katamba (1996). *Contemporary Linguistics. An Introduction*. London, Longman
- Pergnier, M. (1986) *Le Mot*, Paris, Presses Universitaires de France
- Pratt, M. L. (1981) Review of *The Language Makers*, *Language*, 57, 3, 698-701
- Radford, Andrew et al. (1999) *Linguistics. An Introduction*. Cambridge, Cambridge University Press
- Romaine, S (1992) "The evolution of linguistic complexity in Pidgin and Creole Languages" en J. A. Hawkins y M. Gell-Mann (eds.) 1992, 213-238
- Sapir, E. (1921) *El lenguaje. Introducción al estudio del habla*, México, Fondo de Cultura Económica, 1954
- Saussure, F. de. (1915) *Curso de Lingüística General*, Buenos Aires, Losada, 1945
- Sebba, M. (1997) *Contact Languages. Pidgins and Creoles*, Houndmills, Palgrave
- Thomason, S. G- & Kaufman, T. (1988) *Language Contact, Creolization, and Genetic Linguistics*. Berkeley / Los Angeles / London.
- Zubiri, I. y E. (2000) *Euskal Gramatika Osoa*, Bilbo, Didaktiker